



Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

NEMESIO CASTILLO VIVEROS¹

<https://doi.org/10.20983/anuariodcispp.2025.01>

FECHA DE RECEPCIÓN: 11 DE FEBRERO 2025
FECHA DE APROBACIÓN: 29 DE MAYO 2025

LA CONCIENCIA POLÍTICA DE CRIOLLOS, MESTIZOS E INDÍGENAS EN LA INVENCIÓN DE LA NACIÓN MEXICANA (1810-1821)

The political consciousness of Creoles, mestizos and indigenous people in the invention of the mexican nation (1810-1821)

RESUMEN

En el artículo se analiza la formación de la nación mexicana entre 1810 y 1821, destacando la construcción de la conciencia política de criollos, mestizos e indígenas como actores centrales del proceso emancipador. El problema que se aborda radica en comprender cómo estos grupos lograron articular una identidad política común que permitió el tránsito del régimen colonial al Estado-nación, así como las razones estructurales que limitaron la integración plena de la población indígena en dicho proyecto. El *objetivo* principal es examinar las bases históricas, ideológicas y sociopolíticas que impulsaron el origen de la nación mexicana y la conformación de los primeros ciudadanos del nuevo orden republicano.

Metodológicamente, el estudio desarrolla un análisis histórico-interpretativo basado en fuentes historiográficas relevantes, combinando enfoques institucionales, culturales y sociopolíticos. Se revisan procesos como la influencia de la Ilustración, el papel de las Cortes de Cádiz, la construcción del imaginario nacional, la modernización administrativa y las tensiones entre identidades criollas, mestizas e indígenas. Los resultados evidencian que la construcción del ciudadano y de la nación fue un proceso profundamente desigual. Los criollos consolidaron una conciencia política basada en agravios compartidos frente a los peninsulares, lo que favoreció su hegemonía tras la independencia. Los mestizos adquirieron un rol creciente dentro de la estructura política emergente, mientras que las comunidades indígenas participaron activamente en la lucha insurgente, aunque posteriormente fueron excluidas de la toma de decisiones y de la configuración del Estado.

¹ Profesor investigador del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
<https://orcid.org/0000-0001-9254-0183>

LA CONCIENCIA

POLÍTICA DE CRIOLLOS, MESTIZOS E INDÍGENAS EN LA INVENCIÓN
DE LA NACIÓN MEXICANA (1810-1821)

ANUARIO DE DERECHO, COMERCIO INTERNACIONAL,
SEGURIDAD Y POLÍTICAS PÚBLICAS

Asimismo, se observa que la nación fue una construcción imaginada que combinó elementos culturales, ideológicos y políticos, generando nuevas identidades y narrativas legitimadoras. El estudio concluye que la independencia mexicana fue producto de una convergencia de factores internos y externos, pero que la exclusión estructural de los pueblos indígenas en la configuración del Estado-nación generó brechas históricas persistentes. La consolidación del ciudadano moderno, se vinculó estrechamente con los proyectos liberales y la formación de instituciones que buscaban unificar el territorio desde un nuevo pacto político.

Palabras clave: conciencia política; criollos; mestizos; nación mexicana; pueblos indígenas.

ABSTRACT

This article analyzes the formation of the Mexican nation between 1810 and 1821, highlighting the development of the political consciousness of Creoles, mestizos, and indigenous peoples as central actors in the emancipation process. The central problem addressed is understanding how these groups managed to articulate a common political identity that enabled the transition from the colonial regime to the nation-state, as well as the structural reasons that limited the full integration of the indigenous population into this project. The main objective is to examine the historical, ideological, and sociopolitical foundations that drove the origin of the Mexican nation and the formation of the first citizens of the new republican order. Methodologically, the study develops a historical-interpretive analysis based on relevant historiographical sources, combining institutional, cultural, and sociopolitical approaches. This study examines processes such as the influence of the Enlightenment, the role of the Cortes of Cádiz, the construction of the national imaginary, administrative modernization, and the tensions between Creole, mestizo, and Indigenous identities. The results demonstrate that the construction of the citizen and the nation was a profoundly unequal process. The Creoles consolidated a political consciousness based on shared grievances against the Peninsulars, which favored their hegemony after independence. The mestizos acquired an increasing role within the emerging political structure, while Indigenous communities actively participated in the insurgent struggle, although they were subsequently excluded from decision-making

and the shaping of the State. Furthermore, it is observed that the nation was an imagined construct that combined cultural, ideological, and political elements, generating new identities and legitimizing narratives. The study concludes that Mexican independence was the product of a convergence of internal and external factors, but that the structural exclusion of Indigenous peoples in the configuration of the nation-state generated persistent historical inequalities. The consolidation of the modern citizen was closely linked to liberal projects and the formation of institutions that sought to unify the territory under a new political pact.

Keywords: Mexican nation, political consciousness, Creoles, mestizos, indigenous peoples.

INTRODUCCIÓN

Hacer un análisis histórico en México sobre la formación de la nación y la conciencia política de criollos, mestizos e indígenas, nos permitirá entender el funcionamiento de nuestras instituciones y valores patrios en nuestra época. De esa manera, es pertinente buscar los elementos que dieron origen al nacionalismo mexicano y la forma en que se consolidó la conciencia política de los criollos, mestizos e indígenas que llevaron al cambio social, no solo en México sino en América Latina.

En este ensayo se analizan de manera general los principales fenómenos que se desarrollaron en el siglo XIX, como la cons-

trucción de la nación, la conciencia ciudadana, la construcción del nacionalismo y la conciencia política de los criollos, mestizos e indígenas. Estos fueron fenómenos que incentivaron los cambios en la forma del gobierno español en México y, posteriormente, la construcción del Estado-nación.

El *objetivo* es examinar el origen y la invención de la nación, y la construcción de los sujetos que llevaron a cabo la independencia de México, y cómo después ellos mismos se convertirían en ciudadanos con derechos y responsabilidades.

LA CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANOS

Para describir la construcción de las naciones es importante situar a los Estados en su contexto histórico, político, administrativo, mercantil e ideológico, para entender sus características en el presente. La construcción del Estado-nación en el siglo XIX en América Latina intentaba reformar la realidad social, sus formas de organización y representación, así como sus antiguas lealtades; se disponía a ampliar sus nuevas atribuciones para nuevos fines, como la formación del ciudadano y la formación de la nación (Serrano, 2003).

Estos dos principios —la formación del ciudadano y la formación de la nación— eran el sustento del nuevo principio de legitimidad del orden político basado en la soberanía nacional y la representatividad popular.

El ejercicio de soberanía, en principio universal, requería para sus artífices, sin embargo, el uso recto de la razón y la formación de la virtud republicana. En la medida en que la Ilustración avanza con la educación pública, entonces el ciudadano se expandiría gradualmente. (Serrano, 2003, p. 550)

Estos fenómenos históricos dependían de un proceso de modernización. La modernidad era, ante todo, la invención del individuo. El individuo concreto, agente empírico presente en toda sociedad, se convertiría en el sujeto normativo de las instituciones y los valores. Este proceso viene de lejos, pero llega a su culminación a finales del siglo XVIII. A través de toda una serie de mutaciones que afectan progresivamente los diferentes campos de la actividad humana, el individuo y los valores individualistas se fueron imponiendo. “Progresivamente, el individuo va ocupando el centro de todo el sistema de referencias, remodelando, a pesar de la inercia social y de múltiples resistencias, los valores, el imaginario y las instituciones” (Guerra, 1992, p. 85).

El movimiento de liberación nacional pretendía la formación de un nuevo hombre, tanto en Europa como en América, y suponía al ciudadano más que una función política. Era, en realidad, quien poseía la capacidad de transformación del

conocimiento para la perfectibilidad de la naturaleza humana y física.

La construcción de ciudadanos, que se comenzaron a gestar como sujetos de derechos y obligaciones, luchó por construir una nación. En el caso de México fue por medio del movimiento de liberación nacional; sin embargo, la construcción de la nación y de ciudadanos presentaba distintos obstáculos: económicos (gran propiedad civil y religiosa), políticos (república vs. monarquía, centralismo vs. federalismo), ideológicos (cultura, única religión vs. tolerancia religiosa), sociales (comunidades indígenas), geográficos (dispersión territorial) y demográficos (baja densidad de población).

De esa manera, en México la búsqueda de una identidad nacional se convirtió en una necesidad política para los nuevos gobiernos. El proyecto impulsor de los liberales era claro, viniera de los radicales y puros o bien de los moderados no muy alejados de los conservadores ilustrados: era urgente educar (ilustrar) a los varones, sobre todo a la juventud, para convertirlos en verdaderos ciudadanos. Por tal motivo, era preciso construir un pueblo y una nación. La escuela laica representaba, por consiguiente, la tarea esencial, una misión prioritaria para el Estado.

En América Latina, la educación —ya fuera religiosa o pública— y las comunidades de intelectuales tuvieron una gran influencia, tanto en la construcción de la

nación como de los ciudadanos, ya que durante el desarrollo del movimiento de independencia crearon una conciencia política que les permitía luchar por construir una nación. Esto provocó la ampliación de la clase política; sin embargo, hacia falta tiempo para cambiar las mentalidades y las estructuras sociales, y para formar ciudadanos, bastante más del que previeron los primeros liberales, seguros de sí mismos y con confianza en las Constituciones e instituciones.

En el país, de pronto hubo casos más favorables a la unión; el antiguo centro del Imperio Azteca se volvió sede del virreinato y de un Estado poderoso y rico, dotado de una sólida administración centralizada. Los liberales pensaban que muy pronto se constituiría la nación mexicana fundada en el individuo-ciudadano dentro del marco de la gran colectividad territorial.

Según Manuel Ferrer (2000), las últimas décadas del siglo XVIII habían sido decisivas para el proceso de profundización en la conciencia de grupo adquirida por los criollos frente a los peninsulares. Para entonces, un nutrido grupo de intelectuales mexicanos, nobles millonarios, sacerdotes, editores de periódicos y oficiales del ejército fue adoptando una mentalidad que cabría definir como americana, y que venía propiciada por el desarrollo económico.

Al identificarse el mexicano con lo continental, y ventilarse la decadencia de la ‘madre patria’, se difundía el entusiasmo por la gracia, el orden y el progreso alcanzados en América. Al tiempo que se propagaba un orgullo creciente ante el poder y el prestigio adquiridos en la milicia criolla, que constituía otra de las fuentes de aquel americanismo. (Ferrer, 2000, p. 248)

LA CONSTRUCCIÓN IMAGINARIA DE LA NACIÓN

El discurso de la nación puede mezclarse con ideologías de racismo, xenofobia, exclusión y similares, que muchas veces han autorizado horrores cometidos por el Estado y por movimientos que aspiran a crear su propio Estado. La nación es un arco de solidaridades, una construcción política e idea de nación que postula la existencia de un “nosotros” que entraña un reclamo de lealtad por encima y más allá de otras identidades e intereses y que, si ya no lo tiene, frecuentemente busca asentarse o definirse en un territorio delimitado por un Estado.

De acuerdo con esta visión, las naciones son construcciones políticas e ideológicas, el resultado de historias, memorias, mitos y, al menos en algunos períodos, de esfuerzos de movilización política. Esta visión argumenta en favor de un tipo de existencia sustantiva, transhistórica, organicista y política de la nación; estas versiones han

sido proclives a generar terribles actos de violencia. Es por esta razón que la nación es, como acertadamente la ha llamado Benedict Anderson (1991), una “comunidad imaginada”, a pesar de que su tamaño impide el contacto directo de todos sus miembros, y sin importar la desigualdad y explotación que pueda prevalecer (O'Donnell, 2004).

Es necesario evitar caer en esencialismos en el análisis histórico de la construcción de las naciones como lo hacen las definiciones tradicionales y, por tal motivo, es necesario entenderla como una construcción imaginaria. Además, sus identidades colectivas, ya sean antiguas o nuevas, lo son también. Toda identidad colectiva es una construcción cultural, entendida esta de una manera amplia, sin limitar lo cultural a elementos como la lengua, la religión, los mitos históricos o las particularidades étnicas.

Me parece importante la distinción que realiza Guerra, pues su concepto de nación nos permite analizar de manera local la formación de la nación en nuestro país. Funciona de forma distinta la formación de la nación para América que para Europa, y por tal motivo él propone: “para simplificar el análisis, llamaremos aquí a los elementos que remiten al imaginario político *identidad política*, y a los otros — la lengua, el temperamento, la sangre, la religión, etc.— *identidad cultural*” (2003, p. 186).

Es importante aclarar que en todos los nuevos Estados la construcción de otros aspectos de la nación —en lo político, la nación cívica, la asociación voluntaria de individuos-ciudadanos; y en lo cultural, conseguir que todos compartieran una historia y un imaginario comunes— fueron míticos. Esta es la paradoja de la nación en Hispanoamérica. “En la Europa del siglo XIX se trata de cómo construir el Estado-nación moderno a partir de la nacionalidad; en Hispanoamérica, de cómo construir Estados-naciones separados a partir de una nacionalidad en gran parte común a todos” (Guerra, 2003, p. 220).

Los constructores de las nuevas naciones en América Latina fueron en su inmensa mayoría criollos y compartieron con sus adversarios —americanos y peninsulares— lo que posteriormente serviría de fundamento a la nacionalidad en algunos países: un mismo origen ibérico, la misma lengua, la misma cultura, las mismas referencias políticas y administrativas. El lugar de nacimiento en América y las identidades regionales en formación los diferenciaban de los españoles de España. Aunque estos elementos hayan servido de fundamento a la edificación de las nuevas naciones¹ es difícil atribuirles el carácter de una nacionalidad.

Si se nos obliga a usar dicho término, podríamos decir que el problema de la América hispánica no es el de diversas

nacionalidades que van a formar un Estado, sino el problema de construir naciones separadas a partir de una misma nacionalidad hispánica. (Guerra, 2003, p. 186)

Existen dos enfoques, uno más cultural y otro más institucional, que contribuyen a la comprensión de los orígenes de las futuras naciones y que son principalmente: por un lado,

la conciencia criolla y la identidad americana (o las identidades que las diversas regiones fueron elaborando durante la época colonial); y, por otro, los espacios de poder relativamente autónomos creados por las instituciones y las divisiones administrativas de la monarquía. (Guerra, 2003, p. 188)

Los criollos, reivindicadores de las pretéritas glorias nacionales, no se propusieron suplantar los valores de la época colonial por los del pasado indígena. La apropiación por los criollos del proyecto nacional relegó las reflexiones de los jesuitas humanistas del siglo XVIII —Clavijero, Cavo, Díaz de Gamarra, Alegre—, que apuntaban a la reivindicación del mestizo como heredero de dos grandes culturas distantes y diferentes, y como aglutinante posible de un nuevo sentimiento de nacionalidad, cuyo futuro no podía consistir en el regreso a los orígenes en busca de lo indígena o de

lo hispánico, sino en la conciliación de esas distancias y diferencias a través de una profundización en lo específicamente mexicano. Para esa tarea, la invocación de los símbolos aztecas facilitaba “la apología de la virtud y del patriotismo americanos ante los prejuicios peninsulares” (Ferrer, 2000, p. 252).

La reiterada insistencia en que México había recuperado el ejercicio de su soberanía significaba saltar toda la época colonial y reencontrarse con el México precolombino. Ahora bien, los que realizaron la independencia son justamente criollos, es decir, descendientes de los conquistadores y mestizos aculturados que comparten los valores culturales de estos criollos. Las contradicciones de la doble pretensión de los criollos, que, por una parte, se consideraban los enterradores del dominio español en América y, por otra, se esforzaban por mantener la estructura socioeconómica vigente durante el dominio español, condenaban al fracaso el hallazgo de una característica nacional propia.

El rechazo de las crueidades de la conquista y de la herencia española amenazaba la preservación de su identidad cultural, sin la cual difícilmente se podría sostener un proyecto de nacionalidad, y privaba de las imprescindibles bases al futuro Estado. (Ferrer, 2000, p. 248)

Tal parece haber sido la intencionalidad de la generación revolucionaria de 1810, cuyos integrantes buscaron la independencia y el nuevo orden de cosas fundados única y exclusivamente en el rompimiento de la historia, la tradición y los recuerdos: una quiebra que indefectiblemente había de conducir al caos y a la anarquía filosófica, política y social. “En cambio, los hombres de 1821 habían procurado a todo trance mantener unidos el pasado y el presente, y conservar la unidad de creencias, opiniones y acciones fundamentales” (Ferrrer, 2000, p. 256). Son ellos quienes posteriormente, a través de los años, consolidaron el rumbo del Estado, la nación y los ciudadanos.

CONCIENCIA POLÍTICA CRIOLLA Y MESTIZA, Y LA DISCRIMINACIÓN INDÍGENA

Las Cortes de Cádiz dieron un paso especialmente decisivo hacia el liberalismo. Su Constitución, destinada a todo el mundo hispánico, proclamó el 30 de septiembre de 1812 en la Ciudad de México —la más grande de las ciudades americanas— que la soberanía reside esencialmente en la nación y, por esta razón, a ella compete exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales.

A partir de entonces se produjo en diversas ocasiones, en grupos de la élite del Nuevo Mundo, una transmutación de la lucha por los derechos del reino a comba-

tir por los derechos de la nación. Así, en la Ciudad de México se declaró en 1821 la independencia absoluta de ese reino y que una junta o regencia ejercería el poder en nombre de la nación (Chevalier, 1999).

Paralelamente fueron apareciendo nuevos conceptos, como la soberanía de la nación y la voluntad del pueblo —que equivaldría a instaurar una nueva legitimidad— en las estructuras o círculos político-literarios, en las sociedades patrióticas y, luego, en la proliferación de las logias masónicas, nuevas sociedades que consagraban la primacía del individuo-ciudadano, basadas todas en la libre adhesión individual en un plano de igualdad.

En un nivel superior al de los grupos locales, sobre todo en las élites urbanas de la cultura y del gobierno, se desarrollaba la modernidad con cierta conciencia nacional igualitaria, a manera de pacto entre individuos-ciudadanos: la nación. El Estado español de las Indias, organizado en el siglo XVI y fortalecido durante el XVIII, era poderoso e incluso eficaz, no obstante sus deficiencias. Ahora bien, las guerras de independencia y la partida de los funcionarios españoles casi lo desmantelaron. “El tesoro estaba vacío y el sistema fiscal desorganizado. Criollos y mestizos, anteriormente alejados del poder, estaban poco preparados para ejercer cargos públicos, pero los solicitaban afanosamente” (Chevalier, 1999, p. 553).

La conciencia política de los criollos se fue formando no tanto como una afirmación de sí misma, sino más bien como oposición. Que españoles recién llegados y sin demasiada preparación pasaran a ocupar los puestos administrativos más importantes, sin duda constituía para los criollos una injusticia difícil de soportar. Así,

al resolverse la definición de un enemigo común —el mal gobierno que impedía el desarrollo de México—, se posibilitó que grupos tan diversos como nobles, clero, intelectuales, comerciantes, peninsulares y criollos establecieran un frente único y apetecieran unánimemente la consecución de la autonomía, sin que apenas nadie pensara por entonces en la independencia. (Ferrer, 2000, p. 248)

El proceso de formación política e ideológica de los criollos podemos ubicarlo en dos etapas. Una marcada por el pensamiento francés, especialmente roussoniano, que se articuló con teorías de origen cristiano relativas a la división de poderes. La segunda etapa está marcada por el pragmatismo ideológico inglés y norteamericano. Esto coincidió con las responsabilidades que asumía una clase que, de simplemente dominante, había pasado a una función dirigente.

Es importante mencionar que muchas comunidades indígenas pelearon en la guerra insurgente de 1810 sin que pue-

da sostenerse una adscripción en bloque a uno u otro de los bandos enfrentados. En el curso de los años que duró la contienda, por vez primera, las comunidades indígenas adquirieron conciencia de su propia fuerza, gozaron de una verdadera autonomía, e incluso aprovecharon para adueñarse de tierras o aguas que habían reclamado desde tiempos atrás a propietarios particulares (Ferrer, 2000, p. 242). El esfuerzo bélico acometido desde 1810 incorporó a muchas de aquellas comunidades, hasta entonces aisladas, a una amplia coalición de intereses, pluriétnica y plurisocial: “pueblos indígenas, labradores del campo, pequeños rancheros, mayordomos de haciendas, arrieros, vaqueros, artesanos, letrados provincianos, párocos, oficiales de la milicia, y aun familias prominentes de la localidad” (Ferrer, 2000, p. 242).

Incluso si se admite la participación efectiva de muchos indígenas en la insurgencia, y se pondera la voluntad integracionista de Morelos, resulta incuestionable que también entonces fueron objeto de discriminación por parte de caudillos militares, que no ocultaban la desconfianza que les inspiraban esas masas levantadas en armas, a las que consideraban incapaces de captar el verdadero sentido de la lucha.

Esa había sido la preocupación de Allende, que llegó a escribir a Hidalgo que,

puesto que los indios no entendían el verbo libertad, era necesario hacerles creer que el levantamiento se llevaba a cabo únicamente para favorecer al rey Fernando [VII]. (Ferrer, 2000, p. 245)

No obstante, el victorioso movimiento que culminó en Iguala significó, en la práctica, la consagración de los criollos como grupo hegemónico, que se dispuso a tomar el relevo a los españoles y a preservar la estructura económica y social, sustento de su posición y base de su existencia como clase privilegiada. El protagonismo criollo tiende a configurar una sociedad análoga en todo a la colonia: eso sí, libre y purificada de las discriminaciones que durante tres siglos habían favorecido a los españoles peninsulares y cerrando muchas puertas a los americanos. Que incluso los criollos a veces recurrieran al contrabando para aumentar sus ingresos demuestra solo su predisposición al enriquecimiento fácil, "...por lo mismo estaban lejos de desarrollar algo parecido a una conciencia nacional" (Mires, 1998, p. 71).

Para 1812, el criollismo había probado de forma fehaciente su fuerza política: ya antes de que se implantase la Constitución en la Nueva España, miembros del grupo social habían sido nombrados diputados para la Junta Central de España; y, asentado ya el régimen constitucional, muchos resultaron elegidos como miembros de los

ayuntamientos (Ferrer, 2000, p. 248). No obstante, el exclusivismo criollo acabó relegando a la población indígena, convirtió en puro artificio literario la aspiración de Carlos María de Bustamante de resucitar al antiguo imperio del Anáhuac para fundamentar así el nacionalismo mexicano en la historia de los vencidos, y redujo a mera especulación el recuperado interés por la antigua grandeza mexicana (Ferrer, 2000).

La no participación de las etnias en el diseño y la construcción del Estado nos permite hoy observar, a doscientos años de nuestro movimiento de liberación nacional, que los indígenas no participaron en el diseño de las políticas nacionales, en la agenda pública o en las políticas públicas; la condición de los indígenas continúa casi en las mismas circunstancias históricas de esa época.

CONCLUSIÓN

La forma de gobierno que se desarrollaba en México a principios del siglo XIX implicaba la desigualdad social entre los criollos y los peninsulares; ellos se sentían relegados a un segundo plano y, por lo mismo, con esas prácticas estaban lejos de desarrollar algo parecido a una conciencia nacional. Por tal motivo, se desarrolló el movimiento de independencia

que comprendió un periodo de once años, de 1810 a 1821.

Otra gran influencia que dio origen al movimiento de liberación nacional, a la que podemos denominar externa, fue que durante el siglo XVIII comenzaron a extenderse por Europa las ideas del pensamiento ilustrado que hablaban de nuevos sistemas políticos con la soberanía del pueblo, libertad, tolerancia e igualdad. Tales eran los casos de Montesquieu, Voltaire y Rousseau, que ya no aceptaban el derecho divino de los reyes y querían la división de poderes. Además, sostenían la libertad del comercio y la industria, pidiendo que se suprimieran barreras de aduana para que las mercancías fluyeran libremente sin la intervención del Estado.

Desde mi punto de vista fueron tres factores importantes para que los habitantes de México se dieran a la tarea de construir una nación: la influencia de la Ilustración (que se veía reflejada en las Cortes de Cádiz), la desigualdad social entre criollos, mestizos, bandos indígenas y los peninsulares, y la captura del rey Fernando VII.

Desde esas circunstancias era necesario, para la construcción de la nación, que se lleva paralelamente la construcción de los ciudadanos. Es así que los liberales propusieron construirlos por medio de la educación y la enseñanza del idioma español; en ese momento histórico era necesario tener individuos-ciudadanos que confiaran en las nuevas instituciones y la Constitución.

Eso permitiría la construcción de un Estado fuerte que lleva al progreso de la nación.

Los orígenes del movimiento de independencia, que comenzó solo como protestas en contra del mal gobierno, llevó a la creación de la conciencia política de los criollos y mestizos —y de alguna forma de algunos indígenas—, y permitió la consolidación del Estado-nación. Finalmente, es importante reconocer que la no participación en la forma como se construyó la nación en sus áreas económica, social, política, religiosa y educativa, condujo a la discriminación y la desconfianza de distintas etnias en México, e incluso también en Centroamérica y Sudamérica.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, B. (1991). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Chevalier, F. (1999). *América Latina. De la independencia a nuestros días*. Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer Muñoz, M. (2000). México, 1810-1821: movilización del criollo y pasividad indígena. En *De súbditos del rey a ciudadanos de la nación*. Centro de Investigaciones de América Latina, Universitat Jaume I.
- Guerra, F.-X. (1992). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Guerra, F.-X. (2003). Las mutaciones de la identidad en la América hispánica. En A. Annino y F.-X. Guerra (Coords.), *Inventando la nación*.

Iberoamérica. Siglo xix. Fondo de Cultura Económica.

Mires, F. (1998). *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina.* Siglo XXI Editores.

O'Donnell, G. (2004). Acerca del estado en América Latina contemporánea: diez tesis para discusión. Universidad de Notre Dame; PNUD.

Serrano, S. (2003). La ciudadanía examinada: el control estatal de la educación en Chile (1810-1870). En A. Annino y F.X. Guerra (Coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo xix.* Fondo de Cultura Económica.